

## **CON CARIÑO Y CIERTO ORGULLO**

Que sonría y me eche los brazos nada más verme, aunque haga dos meses que no me ve (la décima parte de su vida), me hace feliz, profundamente feliz.

Hablo de mi nieto, tiene ahora veinte meses y vive en una gran ciudad, a setecientos kilómetros de mi pueblo. Es muy simpático y sonrío con facilidad a todo el mundo, pero sé que me reconoce, me intenta llamar (a su modo) y me atrevería a decir que me quiere. Quizás sea así porque, desde muy chico, cuando hemos convivido, además de achucharle, le he llevado de aquí para allá, enseñándole todo lo que creía que podía gustarle, en la casa, en la calle, en el campo...

Le llevo al parque, le columpio, le ayudo a tirarse por el tobogán, le dejo que trepe. Le he ayudado a andar, cuando casi no sabía, haciendo equilibrios por encima de una balaustrada, nos hemos bañado en el mar...

Espero que, cuando crezca un poco, quiera venirse conmigo al monte y pueda enseñarle a reconocer los árboles (a disfrutar de la naturaleza sé que lo van a hacer sus padres).

¿Y cuando sea mayor y tenga hijos y nietos? ¿Qué pensará? ¿Cómo verá el mundo que les hemos dejado?

Ojalá, al mirar alrededor vea que es hermoso, que la inercia de deterioro progresivo de las décadas anteriores se ha detenido, que la vida se va recuperando poco a poco. Y se acuerde, con cariño y cierto orgullo, de aquella iniciativa en la que participó su abuelo, con muchos amigos, todos buena gente, que consiguieron que se instituyera la figura del “defensor de las generaciones futuras”. Figura que, junto al cambio de mentalidad de buena parte de la población, -no sin esfuerzo- tanta influencia ha tenido para cambiar el rumbo de aquella sociedad que caminaba hacia la autodestrucción.

Ojalá.

Manuel Pajarón Sotomayor.

Ingeniero agrónomo.

Beas de Segura, 22 de marzo de 2018.